

- Wilpert, J., Los mosaicos y pinturas romanas de las construcciones eclesiásticas, desde el siglo IV hasta el XIII. Cuatro tomos. Friburgo, 1916; 2.^a edición, *ibid.*, 1917.
- Wirz, Gaspar, Bulas y breves de los archivos italianos, 1116-1623. (Fuentes para la historia de Suiza, tomo XXI.) Basilea, 1902.
- Zacharías, Franc. Ant., *Iter litterarium per Italiam ab anno MDCCLIII ad annum MDCCLVII etc.* Venecia, 1762.
- Zaleski, K. St., *Jesuci w Polsce*. Tomos I y IV. Lwów, 1900-1905.
- Zeller, B., *Henri IV et Marie de Médicis d'après des documents nouveaux tirés des archives de Florence et de Paris*. 2.^a edición, París, 1877.
- Zinkeisen, J. M., *Historia del Imperio otomano en Europa*. Cuatro partes. Gotha, 1840 ss.
- Zöchbaur, J., *El emperador Rodolfo II y la cuestión de la sucesión hasta la muerte del archiduque Ernesto (20 de febrero de 1595), en la relación anual del gimnasio en el Colegio Petrino de Urfahr*. Dos partes. Urfahr, 1899 y 1900.

INTRODUCCIÓN

Los contemporáneos pertenecientes tanto al estado eclesiástico como al seglar alaban el que después de la terminación del concilio de Trento la misericordia de Dios diese a la cristiandad, inmediatamente uno después de otro, tres Papas que pusieron en vigor las ordenaciones reformatorias de esta asamblea eclesiástica con gran bien y provecho del mundo. Por diversos que fuesen San Pío V, Gregorio XIII y Sixto V por su alcurnia, su carácter y su modo de ser, señaláronse con todo por la misma integridad de vida y el mismo celo con que procuraron el único fin, la renovación de la Iglesia.

Dignamente se asocia a estas tres estrellas de primera magnitud el Papa Aldobrandini, Clemente VIII, que obtuvo la tiara el 30 de enero de 1592 después de los breves pontificados de Urbano VII, Gregorio XIV e Inocencio IX. Trece años y un mes llevó la carga de la suprema dignidad, se afanó hasta el fin por el bien de la cristiandad católica y dió el elocuente ejemplo de un pontífice profundamente religioso. El espíritu de la reforma católica, que halló entonces su más hermosa expresión en San Felipe Neri, penetró tanto al Papa, que se ha dicho que este mismo santo subió con él, por decirlo así, a la silla de San Pedro.

En todos los actos de Clemente VIII ocupó el primer lugar su cualidad de sacerdote. El príncipe temporal mostróse sólo en segundo término. Aunque por la incorporación de Ferrara al Estado de la Iglesia alcanzó un notable éxito político, sin embargo el centro de gravedad de su reinado estuvo enteramente en su actividad como

cabeza suprema de la cristiandad católica. Lleno de genuina piedad y gran celo de las almas, se esforzó sobre todo por robustecer la vida interior de la Iglesia, por fomentar la verdadera religiosidad en el clero y en el pueblo, y por suprimir los abusos y perjuicios. Repetidas veces hizo notar en sus cartas, que el campo del Señor se había incesantemente de cultivar y limpiar de malas hierbas (1).

Por su actividad reformadora como por su celo en combatir a los turcos recordaba Clemente VIII a su favorecedor San Pío V, y por el fomento de las misiones a Gregorio XIII, pero por su sentido político se mostró aún en el espíritu a Sixto V, que le había otorgado en otro tiempo la sagrada púrpura (2). Nada tuvo ciertamente del carácter genial, del arrojo en acometer grandes empresas y de la energía sin miramientos de este su predecesor. Su mérito más excelente estuvo en otro terreno: fué un perspicaz y prudente político y hábil diplomático (3) y se acreditó de tal en las circunstancias más complicadas (4). Despacio, pero con seguridad, dió solución a la cuestión francesa, la más difícil y al mismo tiempo la de más consecuencias que había entonces para la Santa Sede. En la posición que tomó respecto de Enrique IV, estriba la importancia histórica del Papa Aldobrandini. Si vencía en Francia el calvinismo, recaía, como Beza reconoció muy justamente, una decisión de la mayor importancia para toda Europa (5). Después que una gran parte de Alemania, los países escandinavos e Inglaterra se habían adherido a las novedades religiosas, la apostasía de la nación francesa, la hija primogé-

(1) *Est enim agri Domini praecepta cultura, quae nisi assidue visitetur et diligenter excolatur, spinis et vepribus repletur. Breve al arzobispo de Maguncia Wolfango de Dalberg, fechado a 17 de sept. de 1594, Arm. 44, t. 36, n. 296, *Archivo secreto pontificio*.

(2) Muy bien llama Herre (Elecciones de Papa, 410) a Clemente VIII el heredero espiritual de Sixto V. De un modo semejante se expresa Orbaan (Rome onder Clemens VIII, p. 3).

(3) La prudencia y la habilidad política de Clemente VIII elogiadas mucho Mocénigo, que por otra parte no le era afecto (Hist. Venet., I. 16). Cf. también Richard, La légation du card. Aldobrandini et le traité de Lyon, Lyon, 1903, 70.

(4) En un *plan para una biografía de Clemente VIII, cuyo autor utilizó el Archivo secreto pontificio, se dice en alabanza del Papa después de su muerte: prudenza, longanimità et destrezza nell'aspettare le occasioni, segreto et silenzio dove bisogna, circospettione et maturità nel parlare. Miscell., XV, 37, *Archivo secreto pontificio*.

(5) Del éxito de la lucha en Francia, dice Beza, pendere prorsus videtur maxima totius orbis terrarum vel in melius vel in deterius commutatio; v. Kampshulte en la Hoja literaria teológica de Bona, VI, 38.

nita de la Iglesia, hubiera decidido la victoria del protestantismo en la Europa central y occidental. Las partes de Alemania que habían permanecido aún católicas, y los Países Bajos españoles apenas habrían sido capaces de hacer resistencia con buen éxito (1). Pero la mayor parte de la nación francesa mostróse firmemente resuelta a mantener la antigua fe. Enrique IV había de tener cuenta con esta necesidad, si quería ser rey.

Los contemporáneos ya apreciaron la reconciliación de los Borbones con la Iglesia como uno de los acontecimientos más importantes. La posteridad ha confirmado este juicio. El arreglo alcanzado finalmente de un modo pacífico después de indecibles trabajos mostróse ser de las más altas consecuencias. El peligro de que el protestantismo llegase a dominar en las naciones románicas, estaba alejado, y al mismo tiempo asegurada también la existencia de la religión católica en los Países Bajos y en el Rin inferior.

No solamente se hizo posible al Papa la adquisición de Ferrara con la ayuda de Enrique IV, sino lo que es incomparablemente más importante, la Santa Sede obtuvo ahora de nuevo una posición más libre y menos dependiente de España, la cual posición le puso también en estado de intervenir como pacificadora entre las potencias europeas, como antiguamente en la edad media. Al negociar Clemente VIII la paz entre España, Francia y Saboya, se manifestó claramente qué autoridad moral tenía el papado todavía en la vida de los pueblos europeos a pesar de la apostasía de todos los países.

Los incesantes esfuerzos de Clemente VIII por desviar el peligro de los turcos recuerdan igualmente los grandes tiempos de la edad media. Aunque por un encadenamiento de circunstancias adversas no le fué dado conseguir aquí un gran éxito, sin embargo la participación del Papa en la defensa de Hungría mediante el envío de tropas y la concesión de importantes auxilios pecuniarios será siempre una página de gloria en la historia de la Santa Sede. En Alemania, en Suiza, en los Países Bajos españoles, pero sobre todo en Polonia, vió Clemente VIII notables progresos de la restauración católica. A su ejecución contribuyó celosamente. En cambio sus esperanzas de volver a ganar a Suecia para la Iglesia se vieron tan defraudadas

(1) Cf. Baudrillart, L'Église cath., la Renaissance, le Protestantisme, Paris, 1905, 131 s.

como la confianza de que el sucesor de la reina Isabel, el Estuardo Jacobo I, seguiría el ejemplo del Borbón. Tampoco se alcanzó sino en parte la unión con los griegos cismáticos de la Europa oriental, cuyo logro hubiera sido de importancia histórica.

De esta manera la reconciliación de Enrique IV con la Santa Sede será siempre el gran acontecimiento del pontificado de Clemente VIII. Sólo después del restablecimiento de la paz con el Papa, pudo Enrique considerar ganada su causa. La salvación de la independencia y unidad nacional, y el restablecimiento de la tranquilidad en Francia redundaron también en utilidad de la situación eclesiástica. Qué fuerzas estaban latentes en este terreno en el reino de San Luis, debía pronto manifestarse.

La antigua Iglesia que había quedado victoriosa, comenzó ahora también en Francia su renovación interior. Los más nobles espíritus de la nación, así hombres como mujeres de todos los estados, trabajan con ardiente celo e incansable energía en su propia santificación y el bien de sus prójimos. El fervor y la transformación religiosa abarcan círculos cada vez más amplios. Nacen nuevas Órdenes religiosas, cuya actividad está dedicada preferentemente a fines prácticos, a la enseñanza y al cuidado de los enfermos. En las Órdenes antiguas y sobre todo también en el episcopado penetra un nuevo espíritu. El tiempo de los mercenarios ha pasado, empieza el tiempo de los obispos reformadores, como los poseía ya Italia en los salidos de la escuela de San Carlos Borromeo.

La reforma y restauración católica ya comenzó en Francia en tiempo de Clemente VIII. Llegó a su más hermoso florecimiento en tiempo de Paulo V, cuyo pontificado de quince años muéstrase también en este respecto como una continuación del reinado del Papa Aldobrandini. Como éste, así él promovió igualmente la guerra contra los turcos, la propagación del cristianismo en los países de misión y la reforma y restauración católica en las diversas partes de Europa. Por eso en la magnífica Capilla Paulina de Santa María la Mayor el sepulcro del Papa Borghese, Paulo V, está con razón enfrente del de Clemente VIII; aun los relieves se corresponden (1).

Por muy grandes que fuesen los éxitos que se alcanzaron para la Iglesia en Alemania a fines del reinado del Papa Borghese, con

(1) Cf. Brinckmann, Escultura barroca, II, 218.

todo la transformación de Francia atrae siempre de nuevo a sí la atención. Por manera grandiosa se repite allí en los primeros decenios del siglo XVII, después que ha cesado la lucha de los partidos que entremezclaba apasionadamente la política con la religión, el mismo sublime espectáculo que habían visto Italia y España, y en parte también Alemania y Polonia ya en la segunda mitad del siglo XVI. Aquí como allí se comprobó de un modo maravilloso la universalidad de acción y portentosa fuerza vital de la Iglesia católica y el divino elemento de vida que en ella nunca muere.